



Lic. Raúl Carrancá y Trujillo

---

Raúl Carrancá y Rivas\*

---

*RAUL CARRANCA y TRUJILLO*  
*1953-1957 semblanza*

---

La mudanza de la ENCPyS a Rivera de San Cosme en 1954 y el surgimiento, un año más tarde, de la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales son hechos que marcan el periodo administrativo del doctor Carrancá y Trujillo. Concebido como órgano de difusión periódica, la publicación de la Revista significó, en sus inicios, la posibilidad de mostrar el desarrollo de la naciente institución.

Los trabajos e informaciones recogidas por la publicación “son reveladoras de la devoción con que en el plantel laboran profesores y alumnos y garantía de que el ritmo de actividades no disminuirá, sino que cada vez irá alcanzando mayor perfección”, señalaba Carrancá y Trujillo, al conmemorarse el primer aniversario de la RMCPyS.

En esta ocasión, el Comité Editorial de la RMCPyS solicitó al doctor Carrancá y Rivas realizar una semblanza de su padre, quien durante más de 25 años fuera profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y de 1952 a 1953 secretario general de la UNAM.

### Evocación de mi padre

Era ante todo un maestro. Ninguno de los rasgos de su carácter, de su temperamento, excluía esa calidad de profesor innato. Por eso cuando

\*Profesor titular definitivo —de medio tiempo— en las cátedras de Derecho Penal, primero y segundo curso, a nivel de licenciatura y doctorado en la Facultad de Derecho de la UNAM. Director del Seminario de Derecho Penal en dicha Facultad.

llegó a la Universidad, a la que sirvió durante más de 30 años como profesor y funcionario (ocupó la Secretaría General en la época del rector Luis Garrido), se impregnó de su espíritu. Era universitario de pura cepa. Tenía, además, esa rara habilidad que poseen algunos intelectuales para la acción. Era un hombre que contagiaba a los demás con su vitalidad y simpatía. Así, cuando fue Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales tuvo la oportunidad de transformar muchas de sus ideas en hechos concretos. Por ese entonces, yo estudiaba en la Facultad de Derecho. Mi padre fue siempre mi maestro, tal vez el único en el más amplio sentido de la palabra. Y sucede así que yo me daba cuenta de sus movimientos, de sus quehaceres intelectuales, independientemente de que comentara en familia sus proyectos y decisiones.

Ser Director de una Facultad de Ciencias Políticas y Sociales requiere por supuesto creer en la política o, por lo menos, en la ciencia de la política. En este sentido, el abogado debe hallarse óptimamente preparado. Su profesión es social y hasta política. No es mera casualidad que muchos abogados se entreguen, de alguna forma, a la actividad política. E incluso la parte más delicada de dicha actividad no se puede abordar sin un previo conocimiento del Derecho. Quizá esto que digo esté perfectamente explicado en las siguientes palabras de Max Weber, en su admirable libro *El político y el científico*: “Una quinta capa, propia sobre todo del continente europeo y de decisiva importancia para su estructura política, fue la de los juristas universitarios... Al examinar la profesión de los miembros de la Convención francesa, elegidos todos ellos de acuerdo a las mismas normas, nos encontramos con un solo proletario, muy escasos empresarios burgueses y una gran masa de juristas de todas clases, sin los cuales sería impensable el espíritu específico que animó a estos intelectuales radicales y a sus proyectos. A partir de entonces la figura del abogado moderno va estrechamente unida con la moderna democracia... La importancia de los abogados en la política occidental desde que se constituyeron los partidos no es, en modo alguno, casual. Una empresa política llevada a cabo a través de los partidos quiere decir, justamente, empresa de interesados... La función del abogado es la de dirigir con eficacia un asunto que los interesados le confían, y en esto... el abogado es superior a cualquier funcionario... La política actual se hace, cada vez más, de cara al público y, en consecuencia, utiliza como medio la palabra hablada y escrita. Pesar las palabras es tarea central y peculiarísima del abogado...” Por estas razones —explicadas con maestría por Max Weber— Carrancá y Trujillo era un político nato. Pero no deben confundirse los conceptos. El propio escritor alemán que cito establece la diferencia entre vivir “para” la política y vivir “de” la política. Son cosas, por supuesto, distintas. Mi

padre vivió “para” la política en lo que corresponde a una vocación social claramente definida. Vivir “para” es entregarse a una idea o a un ideal, si se prefiere. En esto quiero insistir porque como conductor de una Facultad, como profesor de la misma en el trato diario con los alumnos, enseñaba una rectitud y honestidad singulares: elementos los anteriores que caracterizaron su mandato como Director. En efecto, la política es una actividad en la que se suele simular en grado sumo. Un amigo mío, abogado, me contaba el otro día que al visitar a un alto funcionario, también abogado, y al reclamarle una acción suya que no iba de acuerdo con el Derecho, aquél repuso que lo reconocía pero que sin duda el ilustre colega que lo interrogaba hubiera hecho lo mismo —concretamente violar una norma jurídica— si ocupara una posición política tan delicada como el interfecto. ¡Y qué curioso! Se trata, en el caso, de un antiguo alumno de mi padre que siempre pregonó su admiración por él y que decía compartir íntegramente ese concepto suyo de la política como actividad social en la que se debe actuar con absoluta honestidad. Sí, ya lo sé. Eso es ciencia o, mejor dicho, eso es idealismo puro. Pero piénsese que también fueron políticos aquellos hombres que insistían, por ejemplo en la época de la Reforma, en mantener la virtud en la misma dimensión que la actividad pública (Ramírez o Altamirano fueron dechados de esa virtud en este sentido).

¿Cómo es posible, se puede preguntar uno, que un hombre con una ética rectilínea, vertical, hable de política y la enseñe, la difunda como disciplina universitaria? Mi padre fue un hombre de formación europea, concretamente española. Estudió la licenciatura y el doctorado con profesores de la talla de Jiménez de Asúa, Altamira y Crevea, Sánchez Román. Su visión del mundo político —mundo de ideas y conceptos— era enteramente europea. No quiero decir que en México carezcamos de una visión correcta. Lo que pasa es que es una visión distinta de aquélla. Nosotros entendemos la política casi casi como una escaramuza; y antes, hace veinte o treinta años, la entendíamos como un juego abyecto, de sumisos, en que predominaba el inmoral-inteligente; así, juntas las dos palabras formando un solo individuo. Sigue habiendo sumisión y la moral siempre se deja a un lado. Por eso se empeñaba Carrancá y Trujillo en inculcar en el alumno, primero que nada, un claro concepto de la política. Era un hombre de cultura excepcional que creía, obviamente, en la fuerza, en el poder de la cultura. Educado en Madrid, traía consigo una metodología clara, fuerte. Su pensamiento era lógico y bello. Y la seriedad de su academismo, si cabe el término, era algo de lo que más impactaba en él. Por creer en la Universidad en su sentido universal se propuso —en gran medida lo logró— formar una generación de políticos, así como de periodistas, sociólogos, con un claro sentido de la realidad;

pero siempre dependiendo ésta de la cultura, de la más sólida preparación académica. Y algo muy importante. Las ideas que manejaba como profesor, y que defendía como Director, eran típicamente nuestras. Buscaba una formación universitaria integral, pero dentro de nuestra cultura. Y por cultura entendía la síntesis de lo mexicano y lo español; no de lo mexicano y de lo anglosajón, como por desgracia y con frecuencia sucede ahora. Y no es que lo anglosajón sea malo. Lo que pasa es que no es nuestro. Y decir eso es decir muchísimo en el orden de ideas. Valga agregar que mi padre era un devoto de la cultura más que de la civilización, y en este sentido orientó su actividad académica. Por instinto de conservación moral, por profunda espiritualidad, renegaba del político que nada más rinde cuentas a sus intereses. Político civilizador, en realidad. Y si se me permite la digresión diré que éste es un político a lo Julio César: transmisor de compromisos, de alianzas; pero nunca de ideas y de esperanzas. Nunca de fe. Fui alumno de mi padre en la Facultad de Derecho y allí aprendí de él lo que seguramente aprendieron sus alumnos en su cátedra en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales: a ser igual a uno mismo en la dimensión de la propia dignidad. Lo que no es de ninguna manera fácil y menos en este medio donde proliferan las inmoralidades.

Ahora bien, un Director de Facultad universitaria debe de tener una visión amplia de la Facultad que dirige. ¿Qué es el Derecho, pero en el fondo, en su sustancia; qué es la Medicina; qué es la Ciencia Política y Social? Planteadas así las cosas, entiendo que Carrancá y Trujillo identificaba profundamente la política con la cultura, con el vasto conjunto de las disciplinas sociales. Y bajo dicha tendencia organizó conferencias, mesas redondas, e invitó a profesores nacionales y extranjeros. Asimismo le dio coherencia a un plan de estudios. Estudios que no buscaban hacer del político un técnico o del periodista un simple informador. Hoy, por ejemplo, se habla mucho de la tecnocracia, de los tecnócratas. Lo que sucede es que siendo la tecnocracia, en política, el gobierno de la sociedad o del Estado por los técnicos de las distintas especialidades, no suelen tener cabida allí sino técnicas ajenas al humanismo. ¿Por qué? En rigor la técnica es la aplicación de la ciencia o del arte. Sí, pero acontece que nada más se aplican disciplinas cuantitativas (para llamarlas de alguna manera) con olvido de las cualitativas. O sea, se dosifican los elementos del cuerpo social olvidando su naturaleza. Por lo menos ésta es la propensión, muy clara, de la tecnocracia política actual. Ella corresponde, obviamente, a una preparación específica. Por eso en México, concretamente, y aludo al sexenio en que se vive al escribir estas líneas, se habla de la sustitución de los políticos de nervio, de convicción, por los de ocasión, aunque sea una ocasión con

aprendizaje y técnica auestas. La realidad, entonces, es que el político va perdiendo de alguna manera su bagaje cultural. Se civiliza, pero pierde cultura. Tal es la característica de la tecnocracia y dígase lo que se diga ésta representa una marcada influencia del mundo competitivo anglosajón. Dentro de este panorama, que ya se distinguía en México durante su mandato como Director, Carrancá y Trujillo buscó siempre el enlace profundo, sustancial, entre política y cultura. Lo mismo pretendía en la Facultad de Derecho, donde era profesor distinguidísimo (con una de las obras más ricas en la materia). Pero la cultura para él no era algo así como una “técnica del conocimiento”. Esto significaría técnica y ya. No, concebía la cultura a la manera de los grandes humanistas españoles. Su formación española, en el mejor sentido de la palabra, fue en él imperecedera. Por lo mismo, veía en la cultura una superación del sentido ético, moral. En otras palabras, quería que la política dejara su condición anquilosada de instrumento para ser de nueva cuenta un fin en sí. Le repugnaba ese manipuleo de que a veces se impregna la política, ese juego barato de intereses, ese sacrificio de los valores del espíritu, a costa de todo, incluido el destino trascendente del hombre. Hablaba con desprecio de los politicastos.

Ahora bien, no es posible en mi concepto dividir la tarea de un Director de la de un profesor. Como Director, sin duda, se sigue siendo profesor. Y mi padre era maestro desde las fibras más íntimas de su naturaleza. Escritor brillante, de muy bello estilo, era, además, un magnífico orador en la cátedra y fuera de ella. Conversaba con alegría y profundidad transmitiendo ideas y conocimientos en medio de un sano alborozo del espíritu. Lo recuerdo reunido con sus alumnos, con profesores, con sus amigos. Siempre llevaba un tema profundo al diálogo. Y como la política es algo cotidiano, hablaba constantemente de ella desde su visión académica y universitaria. Mientras fue Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales algo notable sucedió en él. Se desplazó hacia el exterior, si cabe el término. Se comunicaba mucho con los demás y hablaba, hablaba, hablaba. La biblioteca de nuestra casa se nutrió con nuevos libros. En este orden de ideas mantuvo una costumbre casi inveterada en él: llevar alumnos a la casa. A mi mejor amigo, por ejemplo, lo conocí en mi casa.

Hay que agregar, por ser fiel como trato de serlo a mi memoria, que Carrancá y Trujillo, tuvo una personalidad muy sólida, un temple en que predominaba el equilibrio. En aquella época la Universidad atravesó por momentos difíciles y, obviamente, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Intereses sin duda ajenos a nuestra Máxima Casa de Estudios trataron de confundir al estudiantado. Lo que pasa siempre: malos políticos de afuera riñendo por la Universidad. Yo sé, me consta, lo

recuerdo con claridad, que mi padre fue entonces una poderosa columna en quien se apoyaron los más débiles aunque no carentes de fe y confianza en el destino universitario. Y ya Director lo evoco ahora como dueño de una enorme seguridad en sí mismo. Quiero decir que aunque no fue político en el sentido real y práctico de la palabra, poseía enormes facultades para la acción política. Habilidad, trato, simpatía, palabra, pensamiento ágil. Qué curioso, cómo hay hombres que sin haber escalado nunca una cumbre política manejan con extraordinaria habilidad la relación y el diálogo con los demás. De donde se deduce que a la verdadera política no siempre se la ha de identificar con un cargo, con un puesto; ni tampoco con alianzas y acuerdos subrepticios carentes de moral. Y estas dos cosas, la vocación política innata, el carácter político, así como la ética personal que no se traiciona y se cumple rigurosamente, son atributos de hombres nobles. A mi juicio Carrancá y Trujillo los tuvo y con ellos enseñó en una Facultad y dirigió una Facultad, haciendo siempre gala de su honestidad natural. Y aquí procede considerar que en un universitario no todo son las palabras, sino la acción universitaria. Entiendo por tal aquél comportamiento con que se enseña viviendo, siendo, existiendo. A esto se le llama, como se sabe, personalidad. La gente es o no es; y en la Universidad hay que ser íntegros para que se nos pueda llamar en realidad universitarios. No debe ser la nuestra una cultura de circunstancias, una superestructura que nos colocamos y ponemos según las circunstancias, el sitio y la hora. No. La cultura universitaria tiene mucho de sacrificio y de perseverancia fiel en una idea. Yo así entiendo nuestro lema: "Por mi Raza Hablará el Espíritu"; pues lo que habla a través de nosotros es el espíritu. Y cuántos pseudo-universitarios hay, por desgracia, que carecen de ideales e incluso de ideas. Es por ello que un maestro en el más alto sentido de la palabra es un hombre que enseña con su comportamiento. Tal vez, en última instancia, lo único que valga en la vida sea ser, ser uno mismo; se escriban o no libros, se pronuncien o no conferencias. Con lo que evoco aquél lejano tiempo en que a la sombra de los olivos enseñaban maestros con clámide blanca, rodeados de sus discípulos mientras conversaban.

Yo he titulado estas líneas *Evocación de mi padre* porque evocar es llamar a los espíritus, traer alguna cosa a la memoria o a la imaginación. Y ya que nuestro lema universitario alude al espíritu, y ya que la memoria y la imaginación son la atmósfera en que habita y vive ese espíritu, creo que la mejor descripción que puedo hacer aquí de Carrancá y Trujillo es evocarlo; sobre todo porque él ya no puede definirse a sí mismo con palabras. Sé, por supuesto, que el esfuerzo hecho puede no tener éxito pero me acojo a la generosidad de quienes me invitaron a escri-

bir estas líneas y al hecho de que un hijo también puede ser un discípulo que por amar al padre y maestro desaparecido físicamente sea capaz de evocarlo. Sé asimismo que la evocación tal vez no sea suficiente para completar una descripción feliz del personaje o de su obra. Sin embargo, la obra universitaria tiene mucho de trascendente y etérea. En el área de las humanidades no hay laboratorios, ni microscopios, ni quirófanos donde practicar; lo que hay son ideas, sueños, conceptos. Y esto es lo que queda entre nosotros a través del tiempo dedicado a la cátedra y al estudio. Las ideas de Carrancá y Trujillo fueron claras, transparentes; los sueños y los conceptos también. ¿Cuánto cuesta soñar? No por el esfuerzo, si es que hace alguno el soñador, sino por la incompreensión general hacia sus sueños. El hombre ama los sueños realizados, o los posibles que son algo así como sueños viables. Pero los sueños puros, preñados de fantasías, se suelen considerar anticientíficos cuando no inútiles. No obstante, los universitarios que trabajamos en el área de las humanidades soñamos más que ningún otro. La Ciencia Política, por supuesto, no se halla exenta de esto. Lo que sucede es que hay individuos que sueñan a lo desesperado, francamente con arbitrariedad. O sea, hay sueños arbitrarios, descomunales y desproporcionados. No, estos sueños son quimeras, son frustraciones de ideas. Mi padre nunca soñó así. ¿Fue acaso quimera soñar con políticos en quienes la pasión por la verdad fuera el atributo cotidiano? ¿Fue quimera soñar con políticos respetuosos de la libertad? ¿Fue quimera soñar con políticos honestos? Hoy vemos como todavía se usa la mentira en las relaciones políticas. La llaman astucia, estrategia, habilidad; pero es mentira, simple y llana. Muchos políticos alteran la realidad, el mensaje, la idea política, sacrificando la confianza depositada en ellos. A veces juegan con la mentira como si se tratase de pirotecnia. Asombran, reciben aplausos y se sienten complacidos. Pero han alterado el ritmo de la realidad, le han mentido al pueblo. Son sin lugar a duda descarados. No son políticos como los entendemos nosotros. Y cuántos políticos atentan contra la libertad de los demás. So pretexto de intereses superiores abusan de la libertad ajena, ignorando falazmente que la libertad es el verdadero interés superior. Se engañan a sí mismos y pretenden engañar a los demás. Y cuántos políticos deshonestos abundan en nuestro país. Dicen los corifeos de un mensaje emitido desde la cumbre más alta que nuestro país no es un país de deshonestos. No lo creo así. Pienso que lo es, que por desgracia lo es. Lo que debería decirse es que necesitamos dejar de ser un país de deshonestos, que podemos dejar de serlo mediante un noble esfuerzo. Pero la deshonestidad abunda. Y abunda porque desde estas facultades universitarias germina la inmoralidad. ¿De quién es la culpa? De los profesores que enseñan de boca

para afuera. De los alumnos, hijos de familia, que en sus casas oyen lo que no deberían. Y frente a este hecho, lamentable, ha habido hombres –Carrancá y Trujillo fue uno de ellos– que con coraje se enfrentan al medio ambiente destructor. En suma, la verdad, el respeto a la libertad ajena y la honestidad son presupuestos indispensables para la acción política.

El perfil moral de un hombre, ya lo dije, depende en mucho de sus ideas transformadas en acciones. Las acciones, de cualquier clase, revelan de alguna manera la totalidad del ser. En última instancia el hombre queda en un determinado sitio por lo que hizo, por lo que fue. Y hay que saber detectar cómo fueron los hombres, especialmente aquellos que tuvieron alguna responsabilidad destacada. Comencé esta evocación diciendo que mi padre era ante todo un maestro; lo cual significa que tenía una idea fundamental, fija, si se quiere obsesiva, que impulsó el ritmo de su vida. Yo creo que esa idea fue la de la honestidad personal, intelectual y emocional. El recato, el pudor, la decencia básica, son atributos del hombre modesto pero también deben serlo del verdadero maestro. Con este orden de ideas mi padre impregnó su cátedra y su administración como Director.